

Patrimonio, museos y arqueología: de la visibilidad de los pueblos indígenas a la institucionalización de los estudios arqueológicos en el Norte Grande de Chile

Patrimony, museums, and archaeology from the visibility of indigenous people to the institutionalization of archaeological studies in the Big North of Chile

José Antonio González Pizarro*

RESUMEN

Se expone la relación entre las investigaciones arqueológicas relativas al Norte Grande, llevadas a cabo por misiones científicas extranjeras, y las conducidas bajo el alero del Museo de Historia Natural de Santiago, principalmente por Max Uhle y Ricardo E. Latcham, en cuanto a la formación del patrimonio cultural y su fundamentación en museos. La acción de la arqueología chilena en la década de 1950 condujo a la creación de los museos arqueológicos regionales en el Norte Grande y la inclusión de la herencia ancestral como parte de la identidad y del patrimonio regional y nacional.

Palabras clave

Arqueología, antropología, museos, patrimonio, norte, Chile.

ABSTRACT

This paper deals with the relationship between archaeological research about the Big North done by foreign scientific missions and that conducted by the Natural History Museum in Santiago, mainly by Max Uhle and Ricardo E. Latcham. They refer to the formation of the cultural patrimony and its foundations in museums. The action of Chilean archaeology in the 1950's led to the creation of regional archaeological museums in the Big North, and the inclusion of ancient heritage in the regional and national identity and patrimony.

Key words

Archaeology, anthropology, museums, patrimony, north, Chile.

* Universidad Católica del Norte y de la Universidad de Antofagasta. El trabajo se enmarca en el proyecto Fondecyt 1095130 y en la Iniciativa Científica Núcleo Milenio "Ciencia Regional y Políticas Públicas", año 2010.

I. Introducción: Patrimonio cultural y ciencias sociales en el Norte Grande

Los estudios sobre la identidad regional han reconocido, desde la década de 1990, la importancia que tiene la cultura atacameña como parte del patrimonio y de la identidad regional antofagastina, destacándose la figura de Gustave Le Paige como referente vigente por difundir su importancia.

El pasado año se realizaron a nivel nacional, auspiciados por el gobierno central, variados estudios sobre las identidades regionales y las estrategias para su fortalecimiento y, en lo que atañe a las regiones de Tarapacá y Antofagasta, se pudieron encontrar elementos comunes no solamente en el pasado salitrero –verdadero hito en la memoria colectiva– sino en ámbitos donde se reconocían las contribuciones fontales de los pueblos aymaras y atacameños, en distintas esferas, siendo el de la religiosidad popular mariana, la denotación sincrética de los vasos comunicantes de lo indígena-colonial con lo criollo-urbano, uno de los más visibles en ambas sociedades¹.

Si nos aproximamos a delinear de modo sucinto lo que se entiende por patrimonio e identidad para poder justipreciar la ímproba labor llevada a cabo por las disciplinas de las ciencias sociales y, en este caso particular, la arqueología, es obligado subrayar las dificultades que ofrecía la región de Antofagasta, cuyo territorio, paradójicamente, podía, al ser salino, preservar antiguos testimonios tanto indígenas como republicanos y, a la vez, el nitrato de sodio, junto a otros minerales, motivaba tanto el despojo y saqueo como la destrucción deliberada de los restos monumentales para ir en pos de la explotación de los recursos que escondía el desierto de Atacama.

El territorio del desierto de Atacama ha sido percibido desde tres posturas que encierran una filosofía del conocimiento: la cósmico-sagrada

de los pueblos originarios; la naturalista-determinista de los cronistas coloniales como de los primeros viajeros republicanos y la pragmático-utilitarista, donde acomodamos a los ingenieros, los empresarios que visualizaron en la tecnología y en la ciencia la transformación del paisaje².

Estas premisas sobre la naturaleza/hombre permiten comprender las posibilidades de éxito de las tareas arqueológicas en esta combinación que, por un lado, liga la preservación de yacimientos arqueológicos y gentilares con cierto aislamiento de los pueblos precordilleranos y, por otro, la juventud de los poblados costeros y la frenética actividad productiva del hinterland del desierto de Atacama, no abrigaban una mayor conciencia histórica tanto del pasado en la costa y menos de aquellos asentamientos industriales que surgían y desaparecían al vaivén bursátil londinense.

A partir de 1944 cuando Andrés Sabella escriba *Norte Grande* –y asigna una *identidad* nortina a las provincias de Tarapacá y Antofagasta, bajo el eje de la épica salitrera y la epopeya proletaria– hubo conciencia ciudadana de que toda esta porción estaba unida por una historia en común de carácter social, derivado de la impronta de las huelgas y masacres, la epopeya del proletariado; de carácter económico, por las condicionantes de la actividad salitrera y su impacto en el progreso o decadencia de los poblados del hinterland o de las actividades terciarias de sus puertos; y de carácter político, enmarcada en el sentimiento del regionalismo que exigía mayor atención por parte del Estado central. Posteriormente, se fue desvelando la incidencia que tenía la otra historia, la de los poblados precordilleranos y de las culturas originarias.

Esta *distinción* de las antiguas provincias de Tarapacá y Antofagasta fue la que se proyectó en el cuerpo nacional, que incluso la

¹ En la región de Tarapacá el estudio estuvo dirigido por el Dr. Bernardo Guerrero, de la Universidad Arturo Prat, el de la región de Antofagasta por el Dr. José Antonio González Pizarro, de la Universidad Católica del Norte.

² Vid. José Antonio González Pizarro, "La conquista de una frontera. Mentalidades y tecnologías en las vías de comunicación en el desierto de Atacama", *Revista de Geografía. Norte Grande*, Pontificia Universidad Católica de Chile, septiembre 2008, Número 40, pp. 23-46.

Corporación de Fomento de la Producción en su famosa *Geografía Económica de Chile* de 1960 reparó en tales rasgos para conjeturar una sola unidad político-administrativa, basada en la tríada significativa de *geografía* –clima, recursos naturales–, *minería* y el *carácter de sus habitantes* formados bajo el prisma de la bonanza/depresión y el moldeamiento de la vida nortina urbana. No obstante, las exploraciones arqueológicas iban demostrando que había otro rasgo que uniformaba a ambas provincias: su costa. En tiempos prehispánicos y coloniales había cobijado a los changos hasta bien adentrado el tiempo republicano, mientras sus localidades del interior no fueron impasibles ante el impacto de las influencias de Tiahuanaco como del Tiwantsuyu.

Tales realidades dieron cuenta que la primera relación identitaria se estableció con el suelo. Las culturas que han transitado y poblado las márgenes o lo medular del yermo definirán el primer significante de la identidad para éstas: un territorio de *permanencia* o de constante *desarraigo* que imprimió –imprime– una relación fundamental con el espacio regional. Y esto lo recogió la producción discursiva sobre el desierto, desde la narración del explorador, la visión poética de sus vates y escritores hasta los informes científicos de los hombres de la técnica y la ciencia. Y naturalmente, los que aportaron al desvelamiento de su arqueología y de la historia regional.

Este escenario natural es lo *determinante*, la variable fundamental del proceso de larga duración del hombre con el espacio. A partir de ello se pudieron construir estilos de vida en y para el desierto y sus correspondientes imaginarios sociales³.

Esta composición mítica derivada tanto del pasado prehispánico como del acervo salitrero

y sus lecciones sociales, es la que nos ha permitido saber desde dónde parto con la identidad regional, la conciencia histórica, dando lugar al patrimonio cultural, como “la presencia del pasado que testimonia la riqueza y diversidad de las creaciones culturales y entrega al hombre uno de los fundamentos de su identidad cuando se reconoce portador de una tradición propia y valedera” (Patricio Gross).

En este contexto, queremos detenernos en la contribución de los estudios arqueológicos en salvaguardar el patrimonio material, a lo largo del tiempo en que se han aplicado al Norte Grande, tanto hacia la costa como a su interior.

Nos interesa poner de relieve de qué manera, en la actualidad, podemos observar variados objetos y utensilios tanto líticos, de madera, como de arcilla, provenientes de distintos sitios-tipos, que han plasmado variados cementerios, conchales, ruinas de edificios, en distintas vitrinas de museos tanto nacionales como regionales. Detrás de tales cosas se encuentra el denuedo y rigor de varias generaciones de arqueólogos que optaron como campo de estudio por los vestigios de las culturas primigenias litoráneas, la de los valles y los faldeos cordilleranos del territorio desértico de Chile.

Hacia notar el arqueólogo Ricardo E. Latcham, en su obra *La alfarería indígena chilena* que iba dedicada a José Toribio Medina, “verdadero iniciador de los estudios arqueológicos en Chile”, el esfuerzo demandado en acopiar la riqueza patrimonial de las culturas originarias chilenas, puesto que el Gobierno tenía previsto el volumen presentarlo en la Exposición de Sevilla, que se verificaría hacia fines de la década de 1920:

“Para este fin hemos examinado y comparado algunos miles de piezas, procedentes de las distintas zonas culturales del país, dibujando o fotografiando todas las que presentaban algún carácter distintivo, como también todas aquellas que pueden considerarse típicas por su forma o su decoración. Con este objeto hemos recurrido a las colecciones públicas, guardadas en los

³ Remito a lo apuntado en José Antonio González Pizarro, “Imaginarios contrapuestos: El desierto de Atacama percibido desde la región y mirado desde la nación”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares. Antropología. Etnografía. Folklore*, CSIC, Instituto de Lengua, Literatura y Antropología, Madrid, julio-diciembre 2009, vol. LXIV, N° 2, pp. 91-116.

museos del país, como a las particulares de mayor consideración, como la de los señores Luis Montt, Wenceslao Díaz, José Toribio Medina, Dr. Aureliano Oyarzún, Dr. Otto Aichel, Dr. Holz, Armando Rivera, Eliseo Peña Villalón, Guillermo Schaeffner, Augusto Capdeville, y muchos otros que sería largo enumerar. Todas estas piezas las hemos cotejado con las recogidas durante nuestras propias excavaciones. Las más típicas las hemos reproducido en las láminas y grabados que acompañan la presente obra. La mayoría de ellas han sido dibujadas a mano y esto se ha hecho por dos motivos: no siempre teníamos a mano una máquina fotográfica en momento oportuno, pues un gran número de las piezas presentadas las hemos visto o las hemos excavado durante nuestras excursiones mineras... De todo modo, el material que presentamos servirá como base para futuras investigaciones y se salvarán del olvido un gran número de piezas de cerámica indígena, que por diversos motivos ya han desaparecido, como varias colecciones llevadas al extranjero, otras que se han repartido o han desaparecido con la muerte de su dueño, por incendios u otros accidentes, como la nuestra, depositada en el Museo de Valparaíso y que se perdió en el incendio de éste durante el terremoto de Agosto de 1906, la del Dr. Holz que se perdió por el naufragio del vapor que la llevaba a Europa, etc"⁴.

El filólogo y especialista en la lengua cunza Aníbal Echeverría y Reyes mostró parte de su colección arqueológica a Max Uhle, cuando estuvo en la provincia de Antofagasta, con motivo de sus excavaciones en Calama. E incluso donó parte de su colección al Museo de Historia Natural de Santiago. Empero, para Echeverría y Reyes era imperativo cautelar el patrimonio tanto tangible o no –prueba de ello fue el acopio de los glosarios de la lengua salitrera y delictual chilena, amén de la mencionada de los atacameños– que existía en el país. Echeverría y Reyes demostró a lo largo de su vida no solamente el fervor y respeto por la cultura ancestral, sino por cautelar el patrimonio. En este sentido, estuvo al tanto y mostró su preocupación por las excavaciones

del alemán F.J. Ruderhausen en varios sitios del Departamento de El Loa, en mayo de 1935, quien contó con la autorización del Gobernador⁵.

El sueco Claus Royem también se interesó por la zona, recogiendo una cantidad significativa de objetos que donó al Museo de Oslo, los cuales fueron examinados por Gösta Montell en 1926⁶.

En el apretado párrafo de Latcham se encontraba la síntesis de lo verificado con tales materiales. Y la historia de las colecciones y museos en el Norte Grande avalaría lo aseverado por Latcham. Es la narración de los años de formulación y concreción de los museos en las décadas de 1950 y 1960, antecedente inmediato del conocimiento actual del patrimonio cultural que dispone la ciudadanía regional.

Una de las formas de difundir y contribuir a tomar conciencia de todo esto fue la creación de los museos regionales. Antes, hacia 1911, como veremos en líneas inferiores, la creación del Museo Nacional de Historia Natural conllevó al Estado a buscar preservar para la memoria colectiva los objetos y cosas variadas, vinculadas con personas y grupos y a través de éstas con acontecimientos y procesos que dieran cuenta de la nación chilena. Y en tal sentido, hizo fuerza retrotraer la mirada hacia la prehistoria, donde la arqueología fija sus dominios⁷.

Consideremos en este punto que el Museo para la ICOM hasta el año 1969 era "todo establecimiento permanente, administrado en beneficio del interés general para conservar, estudiar, hacer valer por medios diversos y,

⁴ Ricardo E. Latcham, *La alfarería indígena chilena*, op. cit. pp. 8-9.

⁵ Oficio de D. Bascuñán, Santiago, 28 de mayo de 1935, a Aníbal Echeverría y Reyes. Archivo Nacional: Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol. 147.

⁶ Vid. Gösta Montell, *An Archaeological Collection from the Rio Loa Valley, Atacama*. Oslo Etnografiske Museums Skrifter, Bind 5, Hefte 1, Oslo, 1926.

⁷ Véase lo anotado por el historiador Claudio Rolle C., "¿Pueden los Museos tener un rol pedagógico a través de la investigación histórica?", *Mapocho*, Dibam, año 1998, Número 43, Primer Semestre.

sobre todo, exponer para el deleite y educación del público, un conjunto de elementos de valor cultural. Colecciones de objetos artísticos, históricos, científicos y técnicos, jardines botánicos y zoológicos y acuarios⁸.

Importante para Iquique fue la presencia del farmacéutico danés Ancker Nielsen, que arribado al puerto salitrero en 1918 dedicó sus inquietudes arqueológicas a procurarse objetos de variadas clases, desde puntas líticas hasta la alfarería, en variados puntos de la costa iquiqueña desde Caleta Molle, Patillo, Cádiz, etc., descubriendo “un yacimiento arqueológico, momias con sus ajuares, alfarería, restos de comestibles, utensilios”. Nielsen comenzó tales afanes en 1938 y en noviembre de 1959 falleció. Su rica colección de la presencia precolombina en el litoral de Iquique fue conocida por Bird en 1941 y posteriormente examinada por Grete Mostny y Richard Schaedel⁹. Sus manuscritos quedaron depositados en el Museo Arqueológico de Iquique, creado por la Universidad de Chile. El denuedo de Nielsen fue equivalente a lo ejecutado en Taltal por Capdeville. Pero la suerte de sus colecciones –ordenadas y clasificadas con prurito por ambos investigadores autodidactas– fue distinta: la de Capdeville quedó en Santiago en el Museo de Historia Natural, mientras la de Nielsen quedó en mínima parte integrada al Museo Regional de Iquique. Empero, para que esto sucediera, debió darse la circunstancia de que un abogado, vinculado a la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, Sergio Martínez Baeza, enterado que los 40 cajones de objetos arqueológicos de Nielsen iba a ser remitidos hacia Dinamarca, donde estaba su hermana

–Nielsen no se casó y no dejó tampoco descendencia en Chile– y quedarían integrados posiblemente al Museo Real de Dinamarca, gestionó poder examinar sus contenidos con el especialista de la Universidad de Chile Carlos Munizaga y, finalmente, gestionar por el Ministerio de Economía y Comercio el decreto N° 479, prohibiendo la “exportación de piezas arqueológicas, etc.” que autorizaba a Aduanas no permitir que se exportase ningún material de importancia arqueológica/patrimonial amplia¹⁰.

El museo de mayor significación en todo el norte lo erigió el arqueólogo Gustave Le Paige, jesuita belga, a su llegada a San Pedro de Atacama, como párroco en marzo de 1955. El Museo de la casa parroquial fue inaugurado el 29 de junio de 1957. La concepción de su Museo y la relevancia en el contexto nacional quedan establecidos por Le Paige meridianamente en su discurso de apertura de lo colectado en sus excavaciones:

“Raras son las regiones del mundo que no tienen su museo regional. Los Araucanos y los Diaguitas lo tenían. Hasta hace poco los atacameños y Lican-Antai no habían podido decir lo mismo; peor todavía, pues, los objetos recogidos en la zona fueron a dar a colecciones privadas desconocidas o al extranjero. Era necesario reparar esta falta y, además, convenir que el museo de los atacameños se instalara en medio del ambiente mismo... Un Museo debe ser capaz de facilitar a todos los que lo visitan la oportunidad de llegar a todos los lugares de los cuales vienen los vestigios o fotografías, dibujos y documentación... Los verdaderos obstáculos son la destrucción de los vestigios del pasado, la falta de espíritu científico y de colaboración de los investigadores aficionados, la destrucción de los objetos recogidos que puedan servir a la ciencia mucho más que a la ornamentación de su casa”¹¹.

⁸ Citado por Manuel de Osuna, “Reflexiones en torno a Museos Provinciales y Locales”, *Boletín de la ANABAD*, Madrid, año 1984, vol. XXXIV, N° 2-4, p. 289. La definición de la ICOM –la Organización Internacional de los Museos– que hemos señalado se modificó en la Asamblea general de 1969, por “Se reconoce la cualidad de Museo a toda institución que conserva y presenta colecciones de carácter cultural o científico con fines de estudio, de educación y de distracción” (*Op. cit.* p. 292)

⁹ Oscar Bermúdez, “La vida de Ancker Nielsen en Iquique y su dedicación a la arqueología”, *En Viaje*, Santiago, febrero de 1961, N° 328.

¹⁰ Las peripicias de las colecciones de Ancker Nielsen en 1960 están expuestas claramente en Carlos Munizaga A., Sergio Martínez Baeza, *La colección arqueológica Nielsen de Iquique*. Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Educación, Departamento de Ciencias Sociales. Centro de Estudios Antropológicos, Publicación N° 15, 1961.

¹¹ Citado por Lautaro Núñez, *Gustavo Le Paige. Cronología de una Misión*, Ediciones Universitarias, Universidad Católica del Norte, 1993, pp. 31-33.

Anotemos de paso que la Municipalidad de Antofagasta, a propuesta del escritor Andrés Sabella Gálvez, había demandado en 1953 la creación de un Museo del Cobre y del Salitre que, en sus palabras, sería el único “del trabajo que existiría en América y, por supuesto, que en ninguna otra ciudad quedaría con mayor derecho que en la nuestra”. La idea no se concretó. Si esto era una realidad patente en aquellos años, el horizonte salitrero todavía en su hinterland, cabe entonces justipreciar el tesón de los investigadores de los pueblos originarios en llevar a cabo sus proyectos.

El Museo de San Pedro de Atacama logró amplia repercusión, paralelamente a la difusión de los primeros trabajos arqueológicos de Le Paige. El 30 agosto de 1958, la Universidad del Norte le plantea que tanto sus investigaciones como el museo puedan integrarse a la Universidad que, para tal efecto, va a crear un Departamento o sección de Historia y Arqueología. La positiva respuesta de Le Paige, que “coincide con los representantes de la Universidad en dar este paso para dar un impulso a los estudios del pasado de esta región y para asegurar la permanencia de los descubrimientos realizados. En consecuencia, acepta incorporar el Museo de San Pedro de Atacama al Departamento de Historia, Arqueología y Antropología de la Universidad del Norte (filial de la Universidad Católica de Valparaíso)”¹².

Importante en la visión de Le Paige, posiblemente fue la discusión en Francia sobre la apertura de los museos –“la democratización de l'accès aux musées”– que comenzó a practicarse en el año 1959 coincidiendo con la creación del Ministerio de Cultura¹³.

La iniciativa de Le Paige de museos regionales prendió rápidamente. La idea de los gestores del Museo Nacional de Historia Natural de 1911, en torno a preservar los restos prehistóricos de la comunidad nacional, volvía con fuerza. Las investigaciones de los arqueólogos autodidactas del Norte Grande junto a los profesionales iban tomando “otro sentido”, con la visión que animaba a Le Paige en San Pedro de Atacama y transmitida a su casa matriz, ahora, la Universidad del Norte.

En Arica, una visita de la Dra. Grete Mostny en 1942, invitada por el Gobernador, incentiva la idea de crear un Museo Regional de Arica, ante el estado de destrucción y pillaje de los yacimientos arqueológicos de la costa¹⁴. La idea fue recepcionada por Percy Dauelsberg y el 21 julio de 1959, en la calle Sotomayor, se inauguró el Museo Regional de Arica. Al frente se alzaba el tesón de Percy Dauelsberg, apoyado por Luis Alvarez, Guillermo Focacci y Sergio Chacón. En octubre de 1959 editó el primer número del *Boletín del Museo Regional de Arica*¹⁵. Al ser incorporado el Museo a la Universidad del Norte en el año 1967, se trasladó a las dependencias del valle de Azapa, doce kilómetros de la ciudad de Arica.

Una iniciativa de jóvenes liceanos en 1959 exponiendo una colección arqueológica en la Escuela Industrial de Iquique motivó al profesor Julio Romero que, secundado por los profesores José Cubas y Carlos Francke, inaugurara el Museo de Historia y Arqueología de Tarapacá, dependiente de la Universidad del Norte, en noviembre de 1960. Quedó de conservador el profesor Julio Romero¹⁶. En torno a ese Museo se pudo acopiar las colecciones

¹² Una visión sobre el Museo, en Lautaro Núñez-Héctor Garcés-Agustín Llagostera, *Guía del Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige*, Universidad del Norte-San Pedro de Atacama, 1981.

¹³ Vid. Odile Join-Lambert, “L'ouverture aux publics des musées (1959-1981): missions et status des conservateurs en question”, *Le Mouvement Social*, N° 216 (jul-sep. 2006), pp. 53-73.

¹⁴ Guillermo Focacci Aste, “La Dra. Grete Mostny y la arqueología regional en Arica”, *Revista Chungará*, N° 22, julio 1989, pp. 13-14.

¹⁵ Vid. Luis Alvarez, editor, *Museo Regional de Arica. Reediciones Boletines del 1 al 7. Octubre de 1959-febrero de 1961*. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica, 1995. El Museo de la Universidad del Norte fue traspasado a la Universidad de Tarapacá en 1982 y se conoce como Museo Arqueológico de Azapa.

¹⁶ Lautaro Núñez, “La Universidad Católica del Norte y su misión antropológica en el desierto chileno”, en José Antonio González Pizarro, Coordinación y Dirección, *La Universidad Católica del Norte y el desarrollo regional*

arqueológicas reunidas por Ancker Nielsen, gestionadas por Sergio Martínez Baeza, que hemos mentado en líneas superiores.

La fundación de un Museo en Antofagasta coincidió con el Congreso de ASIMET en el año 1960. Lo acopiado por el P. Gerardo Claps Gallo s.j., para hacer una exposición del pasado regional tanto prehistórico como histórico para la ocasión, sentó las bases del Museo Histórico Regional, que fue impulsado en su consolidación por el P. Horacio Larraín s.j. y Bernardo Tolosa, y un joven Agustín Llagostera¹⁷.

Si esto era la concretización de los anhelos universitarios regionales que a la par auspiciaban las investigaciones arqueológicas, debemos retrotraer la mirada hacia el camino para observar cómo fue posible esto y contemplar cómo parte de nuestro patrimonio salió fuera de nuestras fronteras.

II. De la curiosidad a la visibilidad de los pueblos originarios. Los estudios arqueológicos iniciales

El desarrollo de la arqueología en nuestro país ha sido periodizado por Mario Orellana, en cinco etapas, de las cuales nos interesan las tres primeras: la primera –periodo de exploraciones– que se extiende entre 1842-1882, siendo la obra de José Toribio Medina el cierre de la fase; la segunda –periodo inicial de la disciplina–, la que va desde 1882 hasta 1911, que termina con el arribo de Max Uhle; la tercera –periodo de las primeras secuencias cronológicas culturales– que discurre entre 1911 hasta 1940, que constituye el despliegue

de los investigadores chilenos Latcham, Oyarzún, Guevara, Capdeville, Looser, junto a Gusinde y Uhle¹⁸.

Cabe indicar dos situaciones relativas al conocimiento por un lado y divulgación por otro de los avances de la arqueología y de la antropología sobre el territorio septentrional de Chile en la actualidad. Va a ser la diferencia de los estudios que acometerán, por ejemplo, Alcides D'Orbigny, Rodulfo A. Philippi o Manuel Almagro, en cuanto a ampliar lo sabido sobre los habitantes costeros –los denominados generalmente changos– o del interior del desierto de Atacama, los lican-antai o atacameños; y la acogida de tal saber en aquellas obras destinadas al público nacional, como la de José Toribio Medina o la de Diego Barros Arana. Los volúmenes de los primeros, coincidentemente europeos, se editarán en el Viejo Mundo, a los cuales tendrá acceso la élite más vinculada a los medios culturales en boga; las ediciones de los segundos, impresas en Santiago, podrán ser difundidas en el territorio en los círculos cultos de provincias.

En este contexto, cabe mencionar dos autores que, después de D'Orbigny y Philippi, van a establecer derroteros para el rescate patrimonial: uno hacia la preservación de la lengua, el otro hacia el estudio de los gentiles. Nos referimos al austriaco Johan von Tschudi que se adentra por los arenales

nortino. 1956-1996. Ediciones Universitarias, Universidad Católica del Norte, 1996, pp. 213-214.

¹⁷ Gerardo Claps Gallo, "Origen y papel de la Universidad Católica del Norte", y Lautaro Núñez, "La Universidad Católica del Norte y su misión antropológica en el desierto chileno", en José Antonio González Pizarro, *La Universidad Católica*, op. cit. pp. 67-68, 217 respectivamente. El Museo Regional dependiente de la Universidad del Norte desapareció cuando se trasladó desde calle Prat al campus universitario de avenida Angamos. Sus objetos, documentación y otros materiales fueron traspasados al Museo Regional de Antofagasta, creado el 14 de diciembre de 1984, dependiente de la DIBAM.

¹⁸ Vid. Mario Orellana, *Investigaciones y Teorías en la Arqueología de Chile*, Ediciones del Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1982, plantea cinco etapas, la última iniciada en 1960; en otra obra, Orellana abre una sexta etapa, el denominado "periodo de la arqueología del significado (1990 adelante)". Cf. Mario Orellana, *Hombre, Cultura y Pasado*, Bravo y Allende Editores, Santiago, 1999. Para la perspectiva antropológica de la zona norte, véanse las observaciones de Hans Gundermann-Héctor González, "Sujetos sociales andinos, antropología y antropólogos en Chile", *Revista Alpha*, Universidad de Los Lagos, diciembre 2009, N° 29, pp. 105-122, quienes sostienen que la producción entre 1882-1950 referida a las poblaciones indígenas está orientada por la aplicación de "conceptos de origen difusionista (hipótesis históricas de génesis, distribución, intercambio y préstamos culturales) y evolucionista (grupos que han quedado fuera de un curso histórico central y ajenos al proceso de la civilización)".

del páramo en 1858, recogiendo restos de la lengua cunza¹⁹, y Manuel Almagro en lo referente a gentiles, momias y objetos de los pueblos del área atacameña.

Detengámonos en el español Almagro, miembro de la Comisión Científica Española al Pacífico, 1862-1866.

Manuel Almagro aprovechó su estada en abril de 1864 en Cobija para aventurarse hacia el interior del desierto. Existían los viejos senderos que sorteando quebradas y el muro de la cordillera de la costa permitían a los viajeros adentrarse hacia el páramo. Debí afrontar el fuerte viento pampino que borraba los caminos y extraviaba a los noveles visitantes del desierto. Almagro con su mula de carga logró su propósito de llegar a los lugares precordilleranos. De su recorrido nos hizo saber:

“Anduvo parte del inmenso arenal que, empezando en la costa, termina cien leguas tierra adentro. Al amanecer llegó a la posta de

Culupso, descansó allí algunas horas, y concluyó la jornada en una choza arruinada e inhabitada llamada Chancansi, donde tuvo que permanecer todo el siguiente día, por haberse extraviado una mula.

Al viento ardiente del desierto se unía la carencia de agua, pues el riachuelo que por allí pasaba la traía tan salobre y desagradable como la de Loeches. El 25[abril] llegó hasta la posta de Huacate, también sobre el desierto, inhabitado, con la misma calidad de agua; el 26 llegó al pueblecito de Calama, donde pudo saciar su sed; el 27 siguió al caserío de Chiu-Chiu distante 45 leguas de Cobija. Practicó allí muchas excavaciones, de las cuales tuvo el placer de sacar numerosas momias, que con mucho trabajo han podido ser conducidas hasta Madrid”²⁰.

El tránsito de Almagro por los sitios de la cultura atacameña le reportó valiosos elementos arqueológicos. Era el segundo europeo en realizar excavaciones. Antes estuvo el alemán Aquinas Reid en 1851 que remitió dos momias al Museo de la Sociedad Mineralógica de Ratisbona²¹.

Acopió Almagro una serie de objetos de las exhumaciones que llevó a cabo en los gentiles de Chiu-Chiu. Cuando se inventarió en Madrid en 1868 los materiales procedentes del viaje al Pacífico, se consignó un total de 231 objetos junto con las seis momias de Chiu-Chiu: utensilios de barro, madera y piedra, arreos, vestidos, etc.²².

¹⁹ Vid. J.J. von Tschudi, “Viaje por las cordilleras de los Andes de Sudamérica, de Córdoba a Cobija, en el año 1858”, *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*, Córdoba, 1860, tomo 45, entrega 1ª a 4ª. El citado von Tschudi hizo una donación literaria a la Biblioteca Nacional, lo que mereció del Rector de la Universidad de Chile, Andrés Bello, proponerlo como “miembro corresponsal de la Facultad de Matemáticas”, además de hacerle llegar, por intermedio de Domeyko, la obra de Gay, los Anales, entre otras producciones nacionales. Vid. Boletín de Instrucción Pública, Sesión de 4 de septiembre de 1858, *Anales de la Universidad de Chile*, tomo 15, año 1858, p. 125.

J.J. von Tschudi ha sido uno de los exploradores al que se le ha prestado mayor preocupación por sus anotaciones, donde destacan: René Naville, “Sur les traces de J.J. de Tschudi dans le Desert d’Atacama”, www.ssa.sag.ch/bssa/pdf/bssa12,03.pdf; Leopoldo Sáez, “Jakob von Tschudi y la lengua cunza”, *Signos*, Universidad Católica de Valparaíso, 1971, vol. 5, N° 1; Roberto Lehnert Santander, “J.J. von Tschudi: su paso por el desierto de Atacama. Texto y notas”, *Hombre y Desierto*, Universidad de Antofagasta, 1996, vol. 10.

Importantes son las anotaciones de Horacio Larraín respecto a la contribución de Rodolfo A. Philippi en los campos de la antropología física y lingüística de los habitantes de la actual Región de Antofagasta, y cómo influyó en von Tschudi. Vid. Horacio Larraín, “Aportes de Rodolfo Amando Philippi al conocimiento del ethos cultural de las etnias indígenas del norte de Chile. Homenaje al cumplirse los 90 años de su muerte”, *Revista de Ciencias Sociales*, Unap, año 1994, Número 4, pp. 3-18.

²⁰ Manuel Almagro, *Breve descripción de los viajes*, op. cit. p. 75.

²¹ Cf. Bente Bittmann, “El Programa Cobija: Investigaciones Antropológico-Multidisciplinarias en la costa Centro Sur Andina: Notas etnohistóricas”, en Shozo Mazuda (Editor), *Contribuciones a los estudios de los Andes Centrales*, Tokio, 1984, 5.

²² Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid, *Libro de Actas de la Comisión de Estudios de las Colecciones Científicas del Pacífico*, Caja Grande N° 4, “Expediciones”, Carpeta N° 3, año 1868-1869, folio 9. Una visión del desierto entre los restantes miembros de la Comisión se encuentra en nuestros estudios: *La Comisión científica española al Pacífico en Chile (1862-*

El panorama sobre el norte chileno que se podía tener hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX era bastante exiguo y deficiente en nuestros textos de mayor relevancia. A la escasísima información proveniente de la principal obra histórica de la época, la *Historia General de Chile* de Diego Barros Arana, cuyo primer tomo de 1884 da cuenta de modo superficial de los “indios del norte”, siguiendo a D’Orbigny y Gay, principalmente en la construcción de embarcaciones “con cuero de lobos marinos, dispuestas a manera de odres”, a renglón seguido ponía el velo sobre el territorio que nos ocupa, pues el distinguido historiador consideraba en su narración a los indígenas que se localizaban “en el norte de Chile, desde el valle de Copiapó hasta un poco al sur”²³. Barros Arana no se hace cargo de la jurisdicción estatal sobre el territorio del desierto de Atacama que su amigo Miguel Luis Amunátegui, uno de los historiadores más documentados del siglo XIX, había escrito al respecto en el diferendo limítrofe con

Bolivia²⁴, por lo que las anotaciones de Philippi sobre los atacameños las ignora. La idea de la homogeneidad étnica del territorio lo llevó a fijar su atención en los mapuches.

La obra de José Toribio Medina *Los aborígenes de Chile*, de 1882, tuvo a bien plantear la no homogeneidad de los pueblos indígenas, siendo deudora de las anotaciones de Rodolfo A. Philippi, y su famoso *Viaje al desierto de Atacama*, de 1853-1854, como de D’Orbigny, *L’Homme americain*, de 1839, haciendo notar:

“Viniendo desde el norte, hallamos primero a los atacamas, cuyo centro principal parece haberse encontrado en las vecindades del actual pueblo de ChiuChiu, pero que alcanzaban hasta las costas del despoblado de su nombre. Los changos, que en una época primitiva debieron ser relativamente numerosos, poblaban exclusivamente las costas que se extienden desde el grado 22 al 24 latitud sur y conservaban indudablemente grandes afinidades con los anteriores”²⁵.

1865). *Diario de Francisco Martínez y Sáez (Transcripción, estudio preliminar y notas de José Antonio González Pizarro)*, Ediciones Universitarias Universidad Católica del Norte, Antofagasta, 1992; “Imagen e impresiones de América de los integrantes de la Armada y de la Comisión de Naturalistas Españoles, 1862-1865”, *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gessellschaft Lateinamerikas*, Köln, band 29, 1992; “Los artículos de Rafael Castro y Ordóñez en *El Museo Universal* (1863-1864) sobre la Comisión de Naturalistas Españoles en América”, *Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología*, México, 1989, volumen 6, N° 1; “La Comisión Científica del Pacífico en Chile, 1863-1864” en Rafael Sagredo Baeza-Miguel Angel-Samper Mulero, *Imágenes de la Comisión Científica del Pacífico en Chile*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España-Editorial Universitaria, Santiago, 2007.

²³ Diego Barros Arana, *Historia General de Chile* (1ª Edición, Rafael Jover, Santiago, 1884, Tomo I), Editorial Universitaria-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1999, Tomo I, pp. 81-82. Considera que su exposición sobre los pueblos indígenas, “aunque sumario y quizá incompleto”, el cuadro antropológico tuvo que superar las dificultades de haber “encontrado datos deficientes o equivocados acerca de los indios chilenos”, constituyéndose la obra de José Toribio Medina, *Los aborígenes de Chile*, Imprenta Gutenberg, 1882, que no la tuvo presente al momento de redactar lo concerniente a Chile prehispánico, en un “estudio serio del asunto y que abre el camino a los trabajos de esta clase que se inician en una gran porción de América” (Id. nota 28, páginas 92-94).

No escapaba a Medina la complejidad de dar cuenta de la situación de los pueblos indígenas antes de la llegada de los españoles, al indicar su propia desconfianza respecto a su texto, dado que no había precedentes en este campo, sí, las exploraciones habían arrojado registros de colecciones de objetos reunidos en el Museo Nacional, la que él acopió, las de Luis Montt y Rafael Garrido y “otras casi insignificantes que existen en

²⁴ Miguel Luis Amunátegui, *La cuestión de límites entre Chile i Bolivia*, Imprenta Nacional, Santiago, 1863.

²⁵ José Toribio Medina, *Los aborígenes de Chile*, Introducción de Carlos Keller R., Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile, 1952, p. 99. El Dr. Mario Orellana ha reparado que el esfuerzo de Medina se debe enmarcar en algunas preocupaciones que el reglamento de la Sociedad Arqueológica de Santiago, creada en 1878, había formulado y, a la vez, junto a otros intelectuales, como el citado Barros Arana, en un interés por establecer, en medio del conflicto bélico de la guerra del Pacífico, “una unidad territorial y cultural homogénea”. Cf. Mario Orellana, “El desarrollo de la arqueología en Chile: Problemas y algunas respuestas”, en Mario Orellana, *Hombre, Cultura y Pasado*, Bravo y Allende Editores, Santiago, 1999, p. 326.

Chile en diversas manos, y en los museos de Washington, Berlín y Sèvres, puede decirse que todo lo demás yace todavía sepultado en el fondo de las antiguas huacas, o en las entrañas de la tierra"²⁶. Al despuntar el siglo XX, Medina va a referirse a los pobladores de la costa, donde uros y changos se ubicaron en el desierto de Atacama²⁷.

Esto nos permite indicar que la obra de José Toribio Medina marcó una etapa sobre el pasado prehispánico nortino, que podríamos calificar de *visibilidad* en el conjunto nacional. Importa subrayar la acción de los párrocos de San Pedro de Atacama en la actividad antropológica. Fue un sacerdote del asiento principal de la cultura atacameña quien ayudó a Th. Moore en la década de 1870 a reunir los 140 vocablos, que en 1878 presentó en el Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Luxemburgo²⁸. Esta clase de iniciativa prosiguió y podría decirse que se mantuvo ininterrumpida durante el siglo XIX, volviendo a ser retomada por Le Paige en la década de 1950.

El rescate de las voces de la lengua cunza tuvo sus cotas mayores en lo llevado a cabo por Benito Maglio, Francisco J. San Román²⁹,

Emilio Väisse y Aníbal Echeverría y Reyes³⁰. Si San Román contribuyó con la remisión de momias halladas en gentilares de Chiu-Chiu con destino al Museo Natural que dirigía R. A. Philippi, hubo otros que en el siglo XIX se adentraron en el estudio de éstas como el Dr. Luis Vergara Flores, residente en Tocopilla, que examinó diez cráneos recogidos en los gentilares de Quillagua, conjeturando la presencia de enfermedades venéreas, en 1894, y posteriormente comparó cráneos araucanos y aymaras³¹. Medina dio a conocer en 1901

nuestra lengua. Sin comprender estas circunstancias, se les ha dado a los aborígenes y a su lengua el nombre de cunza". Cf. Francisco J. San Román, *Desierto y Cordilleras de Atacama*, Imprenta Nacional, Santiago, 1896, Tomo I, 230. Lo reunido por San Román lo dio a publicidad bajo el título de *La lengua cunza de los naturales de Atacama*, Imprenta Gutenberg, Santiago, 1890. También fue publicado en la *Revista de la Dirección de Obras Públicas*, tomo V. En 1922 fue reproducido por la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, en su tomo XLI, N° 45. Fue reeditado por Mario Bahamonde, en la revista *Ancora*, de la Universidad de Chile, Centro Universitario de Antofagasta, año 1967, Número 3, pp. 66-88.

³⁰ Los tres publicaron en Santiago, bajo los auspicios de la Universidad de Chile, y publicado en sus *Anales*, tomo XCI, en 1896, el conocido *Glosario de la lengua atacameña*. Echeverría y Reyes había editado sus avances en 1890 bajo el título de *Noticias sobre la lengua atacameña*, Imprenta Nacional de Santiago. En 1909 Roberto Schuller publicó en Santiago su *Vocabularios y nuevos materiales para el estudio de los indios likan-antai (atacameños) calchaquí*.

³¹ Vid. Dr. Luis Vergara Flores, "Cráneos de indígenas bolivianos", *Actes de la Société Scientifique du Chili*, año 1894, tome IV. *Memories*, pp. 231-250; "Estudio comparativo sobre tres cráneos de araucanos y aimaraes", *Revista Chilena de Historia Natural*, año VI, 1902, pp. 197-217. Cabe subrayar como los médicos de Tocopilla mostraron interés arqueológico. A. Vergara Flores se sumó el Dr. Jorge Ibar B., que escribió en 1934 en Santiago un artículo en torno a "Consideraciones anatómicas sobre cráneos de indios de Paquica y de Chiu-Chiu", que cita Ricardo Latcham, en su *Arqueología de la Región Atacameña*, Prensas de la Universidad de Chile, 1938, pp. 76-77. Consignemos en este lugar que el interés antropológico por la craneometría de los pobladores originarios de la costa y del interior del norte chileno, lo encontramos en A. Chevrin, "Cranes, points de flèches en silex et instruments de peche provenant de la baie d'Antofagasta", *Bulletin et Mémoire de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1902, 5ª Serie, III; Ibar Bruce, "Consideración anatómica sobre cráneos de Paquica y de Chiu-Chiu", *Anales de la Universidad de Chile*, 1934, 3ª Serie, tomo XCII, N° 15; A. F. Jeldes, "Protocolo antropológico del cráneo de Chiu-Chiu", *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Santiago, 1952, vol. XXVI, pp. 41-42.

²⁶ José Toribio Medina, *Los aborígenes de Chile*, op. cit. p. 7.

²⁷ Vid. José Toribio Medina, "Los indios uros del Perú i Bolivia", *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo X, 1900.

²⁸ Th. Moore, "Vocabulaire de la langue atacameña", *Compte-Rendue de la Seconde Session du Congrès International des Américanistes*, Luxembourg, 1877, vol. II, pp. 44-54.

²⁹ En sus recorridos por los caseríos de Toconao, Cámar, Peine y Tilomonte, pudo acopiar la mayor cantidad de léxico, en su finalidad de "salvar los últimos restos de esta lengua", aunque debió vencer la "porfiada reserva y recelosa cautela con que los naturales ocultan sus tradiciones y esquivan toda ocasión de ser interrogados" y, en ello, contó con el apoyo de un sacerdote, "un ilustrado y estudioso sacerdote, presbítero C. Maglio, que se dedicó con interés al mismo objeto". La palabra *cunza*, escribe San Román, surgió que, "con motivo de averiguar sus pronombres posesivos, tuve ocasión de comprender que la invariable contestación *cunza* que antes daban al ser interrogados acompañando la voz con un movimiento de los brazos mostrándose así mismos era simplemente el posesivo plural *nuestro*. Careciendo pues de una voz... responden *lengua cunza*, es decir,

otro trabajo que le vinculó con el norte: la momia de Chuquicamata³².

Las noticias provistas por Echeverría y Reyes sobre la cultura atacameña tuvieron eco en la primera Guía que se editó en la ciudad de Antofagasta. Nos referimos a la publicada por Juan L. Mandiola y Pedro Castillo A., quienes en la *Guía de Antofagasta* de 1894 ofrecieron un cuadro de la situación de los primeros habitantes regionales:

“El pueblo más antiguo de la provincia parece ser San Pedro de Atacama. Allí había habitantes mucho tiempo antes que los españoles vinieran del Perú a conquistar Chile. Una tradición refiere que el Licancaur, a cuyo pie se estiende Atacama, servía de minarete a los indios comarcanos para vigilar las invasiones de los indios peruanos, que eran frecuentes en tiempos del imperio de los incas. Algunas momias, árboles seculares i vestigios de una jeneración remota atestiguan la antigüedad de Atacama. Una multitud de pueblecillos perdidos en las gargantas de la Cordillera, entre los que podemos mencionar a Río Grande, Cuchabrache, Sólór, Cúcuter, Poconchi, Callo, Túllur, Véter, Toconao, Tambillo, Sóncor, Socaire, Peine, Cámar, Rosario i Sapaleri, han debido su origen i poblamiento, al despueble de Atacama. Todos en ellos tienen también el sello de la antigüedad más remota. Los indígenas de esa comarca poseen un idioma o dialecto especial llamado cunza, que les es propio i circunstancias características que parecen revelar la importancia de los aborígenes de Atacama, como pueblo o nación... Calama tenía también una larga existencia. La nueva cuna de este pueblo es peruana... Otra raza más antigua había, sin embargo, habitado el lugar, dejando solo como recuerdo de su existencia huacas o cementerios, como los de Chunchuri i Topater, i las huellas de su afición a la industria minera, manifestada elocuentemente en el mineral de cobre de Chuquicamata... Antofagasta antes de 1870. Solo algunos changos, raza nómada de origen peruano, de que aun quedan unos pocos ejemplares en la costa, fueron los

únicos que se detuvieron aquí de tarde en tarde, dedicándose a su industria favorita, la pesca, antes de 1854”³³.

Cabe subrayar que la estimación científica por la obra de Medina prosiguió por varios lustros³⁴; empero, los avances en el campo antropológico como arqueológico no fueron los previstos, pues todavía lo publicado en tales ámbitos adolecía de exiguo, agravado por el desconocimiento en cuanto a teorías antropológicas en boga, como tuvo que señalarlo Ricardo E. Latcham, al prologar la primera bibliografía de y sobre la antropología chilena de Carlos Porter, entonces Director del Museo de Historia Natural de Valparaíso, en 1910:

“Una de las dificultades más graves con que puede tropezar el investigador, en cualquier ramo de la ciencia, es la de no tener noticia de todo lo que se ha publicado anteriormente sobre el tema o los temas en que está interesado. En Chile se nota todavía mucha deficiencia en esta materia, y se pierde un tiempo precioso en tener que revisar catálogos (cuando estos existen) en las bibliotecas, hojear revistas y periódicos, o consultar las listas de publicaciones en general de las casas editoras. Para nuestros estudios antropológicos y etnográficos,

³³ Juan L. Mandiola-Pedro Castillo A., *Guía de Antofagasta*. Imprenta El Industrial, Antofagasta, 1894, “Reseña histórica de Antofagasta”, pp. 2-3. Consignemos que las restantes guías que aparecieron en la ciudad transcribieron literalmente lo anotado por Mandiola y Castillo. La *Guía Oficial de la Exposición y Feria de la Industria, Arte y Comercio. 21 de julio de 1934*, Imprenta Skarnic, 1934, refiere: “Por el año 1840 empezaron a habitar estos desiertos parajes algunos componentes de una raza nómada que se ocupaba exclusivamente de la pesca. Por su vida errante que llevaban y por sus ocupaciones se les llamó “Changos” (p. 6).

³⁴ Latcham escribía hacia fines de 1923: “En resumen, no podemos sino repetir que después de los largos años que hemos dedicado a estos estudios, en nuestro concepto, *Los Aborígenes de Chile*, escrito por don José Toribio Medina y publicado en 1882, es el libro que ocupa el primer lugar entre los que tratan de estos temas, que su valor científico es tan real hoy como en el día en que se dio a la luz; y que por mucho que se escriba posteriormente, éste jamás perderá su mérito”. Cf. Ricardo E. Latcham, “*Los aborígenes de Chile* por José Toribio Medina. Su valor científico en la actualidad”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 1924, tomo XLVII, pp. 302-307. Cita en p. 307.

³² José Toribio Medina, “La Momia de Chuquicamata”, *Revista Nueva*, Santiago, 1901, pp. 144 a 154.

hemos lamentado, en muchas ocasiones, la falta absoluta de alguna bibliografía que nos diera a conocer lo que se había escrito, en el país, sobre esta cuestión”³⁵.

Pedro Pablo Figueroa había llamado la atención sobre la importancia de las costumbres de los changos en la costa nortina, observadas en Paposo, en un artículo publicado en *La Revista Serenense*, en enero de 1905. Es posible indicar que las exploraciones en la bahía de San Jorge, o sea en Antofagasta, y en la isla de Santa María, al occidente de Morro Moreno, por personas con inclinaciones de anticuarios arrojaban buenos resultados para sus colecciones. El Dr. Otto Aischel recogió varios objetos en la costa de la ciudad de Antofagasta y en la isla Santa María, y dicha colección la expuso en el IV Congreso Científico-I Pan Americano, celebrado en Santiago en 1908³⁶. Latham también rastreó nuestras costas de modo detenido por aquellos años³⁷. El historiador antofagastino Isaac

Arce pudo proveerse de utensilios indígenas en la costa –“hubo habitantes en las playas del cerro Moreno en época no muy remota y la prueba más palmaria son los Cementerios de indígenas que se han encontrado en los faldeos de dicho cerro”³⁸.

Determinados hombres ligados a sociedades científicas francesas llevaron a cabo importantes “fouilles archeologiques”, donde pueden nombrarse al Barón Albert de Dietrich, que en 1894 hizo excavaciones en Chiu-Chiu, cuyos objetos donó al Musée d’ethnographie du Trocadéro de Paris (examinados por Eric Boman en 1908), y la importantísima “Mission Française dans le Désert d’Atacama”, que encabezaron G. de Créquis Montfort y E. Sénéchal de la Grange, que también integraron Eric Boman y Arthur Chervin, en el primer lustro de la década de 1900, explorando tanto la costa, cuevas en la Chimba³⁹, en Antofagasta, como variados cementerios en Calama, copiando innumerables objetos desde de piedras, tabletas de rapé, incluso dos esqueletos de perros de la variedad *canis ingae*. De esta misión científica se publicaron varios tomos⁴⁰, siendo el de mayor importancia para la investigación arqueológico-antropológica de la zona –y el más conocido– el de Eric

³⁵ Prof. Carlos Porter, “Bibliografía Chilena de Antropología y Etnología”. Trabajo presentado al 4° Congreso Científico (1° Pan-Americano), *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, tomo XX, pp. 147-148. Con un prólogo de Ricardo E. Latham, miembro correspondiente del “Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland”. Edición del autor, Imprenta “Juan A. Alsina”, Buenos Aires, calle México 1422, 1910, pp. 147-148.

³⁶ Cf. Ricardo E. Latham, *Los changos de las costas de Chile*. Trabajo presentado al Congreso Científico Internacional de Buenos Aires, julio de 1910. Imprenta Cervantes, Santiago, 1910, en página 9 cita y critica a Pedro Pablo Figueroa; páginas 51 y 57 refiere de la colección del Dr. Otto Aischel. Aischel también acopió tabletas para aspirar rapé, de la cultura atacameña, que junto con la colección antedicha llevó a Alemania, sirviendo de base al Museo de Kiel, del cual fue Director, acota Latham en su obra *Arqueología de la Región Atacameña*.

³⁷ Latham narra: “Las puntas de las flechas se hacen notar por su variedad i por su trabajo esmerado. Restos de este pueblo lo hemos encontrado en las playas de Coquimbo... en Mejillones, en Cobjia, volviéndolos a encontrar en Arica... Se les llama Changos por sus costumbres i modo de vivir iguales a aquellos de mas al norte, en el litoral del Desierto de Atacama, a quienes generalmente se aplica el término... En las costas de Antofagasta sobre todo, se encuentra en las sepulturas un gran número de objetos de madera. Consisten estos en palas, cuchillones, ídolos o figuras esculpidas de formas humanas, casi siempre de sexo femenino, remos, cajitas de diversas formas i tamaños, tabletas de ofrendas, escarificadores, anzuelos, lancetas con puntas de cuarzo...”. Cf. Ricardo Latham, *Los changos*, op. cit. pp. 16, 55

³⁸ Isaac Arce, *Narraciones históricas de Antofagasta*, Imprenta Moderna, Antofagasta, 1930, p. 13. En página 421 hay una fotografía de un martillo de piedra empleado por los indígenas para chancar los minerales, encontrado en las “llamperas” de Chuquicamata. Arce colectó varios objetos indígenas que, junto a su vasta colección de minerales, facilitó para varias exposiciones, como ser “Centenario del Salitre” en 1930, Semana Antofagastina de 1934 y la de 1937. Cf. José Antonio González Pizarro, “Isaac Arce Ramírez, historiador y testigo del ciclo salitrero en Antofagasta”, *Diálogo Andino*, Universidad de Tarapacá, año 2005, N° 25, pp. 9-41.

³⁹ En 1902 los cuatro cráneos encontrados por E. Sénéchal de la Grange en los acantilados de la Chimba, al frente de la isla Guamán (el texto francés dice Guarnan), fueron examinados por Chervin y sus resultados presentados a la Sociedad de Antropología de París, el 17 de julio de 1902. Vid. M. Chervin, “Cranes, pointes de flèches en silex et instruments de pêche provenant de la baie d’Antofagasta. Mommies des hautes plateaux de la Bolivie”, *Bulletin de la Société d’Anthropologie de Paris*, 1902, vol. 3, N° 3, pp. 700-708.

⁴⁰ Tres tomos de la misión se publicaron en 1908: el tomo I correspondió a Arthur Chervin, *Anthropologie bolivienne*, Imprimerie Nationale, Paris.

Boman⁴¹. En 1904 se exhibieron los resultados arqueológicos, siendo uno de los más llamativos una momia de Calama, que era un minero con sus herramientas⁴².

III. Hacia la institucionalización de los estudios arqueológicos

Los estudios arqueológicos en el norte de Chile tuvieron una inflexión en la rigurosidad científica con las investigaciones del alemán Max Uhle, según afirmara Ricardo E. Latcham, en su obra *La alfarería indígena chilena*, de 1928. Esto obedeció a la creación del Museo de Historia Natural, el 3 de mayo de 1911, cuya sección de Prehistoria se encargó al arqueólogo Uhle, quien llegó hacia fines de 1911, y logró transformar la sección en Museo⁴³. Importante en tal sentido es la visión que le impregna Uhle a los objetos hallados, cuando se tienen, también por la época, concepciones que involucran los objetos prehispánicos como una proyección del estado cultural inferior de los pueblos indígenas⁴⁴. El Museo de Etnología y Antropología en Santiago posibilitó a Max Uhle sus exploraciones por el territorio nacional hasta el año 1919, aunque oficialmente

en 1916 concluyó su contrato⁴⁵. Indiquemos que Uhle trabajó intensamente la costa de la zona norte, dando a conocer un esquema cronológico de la ocupación humana, donde destaca la noción de “pobladores de tipo primordial” que él halló en Arica⁴⁶, logrando orientar los afanes admirables de Augusto Capdeville, entonces funcionario público –fue Alcaide de Aduana y Jefe de Resguardos–, en el puerto de Taltal, quien sentó las bases de la preocupación arqueológica por dicho lugar. Aquello llamó la atención de Max Uhle y también del Dr. Aureliano Oyarzún. Como evocaría Capdeville, “el 18 de septiembre de 1914 por primera vez me dediqué a exploraciones arqueológicas”, las que durarían diez años. Un hecho de importancia puso a Taltal en el escenario de los yacimientos arqueológicos chilenos: el viaje de Capdeville a Santiago, en el verano de 1915, “donde se contactó con las principales personalidades de la arqueología chilena como Ricardo Latcham, Aureliano Oyarzún, Max Uhle y Carlos Porter, dándoles a conocer el trabajo arqueológico realizado en Taltal y sus prime-

⁴¹ Eric Boman, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama. Mission Scientifique G. de Créquis-Montfort et E. Sénéchal de la Grange*, Imprimerie Nationale, Paris, 1908, Dos tomos. Véase lo escrito por P. Arenas, “El archivo de Eric Boman en Argentina: una presentación”, *Anales del Instituto Iberoamericano de la Universidad de Goteborg*, año 1993-1994, N°s 5-6, pp. 183-192.

⁴² Cf. M. Léon Lejeal, “L'Exposition de la Mission Française de l'Amérique du Sud au Palais du Trocadéro”, *Journal de la Société des Americanistes*, 1904, vol. I, Nos. 1-3, pp. 321-328. La referencia al hombre de Calama en p. 326. Créquis de Montfort publicó “Rapport sur une mission scientifique en Amérique du Sud”, *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques*, Paris, 1904, tomo XII.

⁴³ Cf. Luis Alegría Licuime, “Museos y Campo Cultural: Patrimonio indígena en el Museo de Etnología y Antropología de Chile”, *Revista Conserva*, Centro Nacional de Conservación y Restauración, DIBAM, año 2004, N° 8, pp. 57-70, refiere en base a un texto del P. Martín Gusinde que Uhle llegó en 1911; Latcham refiere el año 1913 (Infra nota 29).

⁴⁴ Vid. Alejandro Haber, “This is Not an Answer to the Question “Who is indigenous”, *Archaeologies Journal of The World Archaeological Congress*, vol. 3, Number 3, December 2007, pp. 213-229.

⁴⁵ Ricardo E. Latcham, *La alfarería indígena chilena*, Soc. Imp. y Lit. Universo, Santiago, 1928, p. 7. Y escribe sobre Uhle “que sus investigaciones y el rico material que logró recoger y que forma la base del actual Museo de Etnología y Antropología de Chile, vinieron a confirmar en parte nuestras propias deducciones a la vez que nos proporcionaron nuevos elementos de estudio y de comparación y aclararon muchos puntos antes oscuros o dudosos”. También, A.C. Breton, “Reviews. Archaeology in Chile. Uhle”, *Man*. Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, vol. 19 (Sep. 1919), pp. 140-143. Breton afirma: “At this he worked hard until 1916; when his contract was cancelled, the Government retaining his valuable collections, including 400 ancient skulls and fifty mummies” (p. 140). La fecha de 1919 la refiere Max Uhle a Augusto Capdeville, en carta de 1 de abril de 1919. Vid. Grete Mostny, *Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores*. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1964.

⁴⁶ Max Uhle contribuyó al conocimiento arqueológico del norte con varios estudios: *Los aborígenes de Arica y el hombre americano*. Revista Chilena de Historia y Geografía, año 1918, N° 27; *Fundamentos étnicos y Arqueología de Arica y Tacna*, Boletín de la Academia Nacional de Historia de Ecuador, Quito, 1922, vol. IV; *Los aborígenes de Arica*, Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, Santiago, Año I, 1917, Números 4 y 5; *Sobre la estación paleolítica de Taltal*, Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, 1916, Número 1.

ras conclusiones"⁴⁷. Uhle lo introdujo al seno de la comunidad científica internacional, al abrirle las puertas del Boletín de la Academia Nacional de la Historia de Ecuador, donde vieron luz varios de sus aportes⁴⁸.

Uhle también prestó atención al interior del desierto de Atacama, levantando anotaciones sobre el vasto material arqueológico de los atacameños, que realizó en el departamento de Calama entre junio y agosto de 1912, el yacimiento de Chunchurri⁴⁹, ambiente atractivo también para quien va a ser considerado el "Padre de la Arqueología Andina". El área atrajo la atención de Aureliano Oyarzún, para el estudio de las manifestaciones culturales de los atacameños, como la cestería, las tabletas de rapé, entre otros utensilios⁵⁰. Latcham se involucró en la temática, primeramente

con un artículo de difusión en 1925 –"The Atacameños of Northern Chile"– que vio luz en Valparaíso en *The South Pacific Mail*. En 1927 dio a publicidad una serie de artículos⁵¹. Al año siguiente, *La Alfarería Indígena Chilena*, cuya información sobre las culturas del norte grande provienen de Uhle y de Capdeville. Apoyado en los autores en comento, Latcham en 1928 trazó un cuadro de la prehistoria chilena, donde la cultura atacameña quedaba incorporada plenamente. En su opinión, el historiador, "poco a poco, se ha ido convenciendo que el periodo verdaderamente histórico en la evolución de cualquier pueblo o nación, es decir, la época en que principió una documentación escrita, es la parte más breve y con frecuencia la menos importante de su desarrollo"⁵².

A nuestro juicio, con la obra sobre la *Prehistoria de Chile* de Latcham, se clausuraba la segunda fase de interés por los pueblos indígenas que, gracias a la creación del Museo de Etnología y Antropología de Chile y la incorporación de Max Uhle, se podía denominar de *visibilidad* y del proceso de *institucionalización* de las exploraciones sobre los changos y los atacameños. Registremos que en 1929, mediante el DFL. 5.200, de 18 de noviembre, se creó el Museo Histórico Nacional, determinándose que el Museo de Etnología y Antropología de Chile se convirtiese en su Sección de Prehistoria, integrando los "ramos de Arqueología, Antropología y Etnología y reunirá todos los objetos relacionados con el aborigen chileno". Es decir, la denominada "colección base", y de

⁴⁷ Patricio Núñez Henríquez, "Augusto Henri Capdeville Rojas: Tópicos de Chile y su época", *Taltalia. Revista del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal*, Año 2008, Número 1, p. 15. Con el conocimiento de los objetos líticos de puntas de lanzas y flechas, Latcham dio una conferencia el 27 de marzo de 1915 sobre "Una estación paleolítica en Taltal" en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía –que posteriormente daría a las prensas–; ese mismo año Aureliano Oyarzún publicó "Estación paleolítica de Taltal", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo XIX, y Max Uhle "Sobre la estación paleolítica de Taltal. Una carta y un informe", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo XX.

⁴⁸ Patricio Núñez anota las publicaciones de Capdeville en Quito que, bajo el rótulo genérico de "Notas acerca de la arqueología de Taltal", dio a conocer sus fases. El I, "Civilización paleolítica de los pescadores primitivos del gran túmulo y conchal del Morro Colorado, situado en la Punta del Hueso Parado", *Boletín*, 1921, II, 3-4; el II "Civilización Dolménica. Gente de los círculos de piedra", *Boletín*, 1921, II, 3-4; el III "Civilización de la gente de los vasos pintados", *Boletín*, 1922, III, 7-8. En 1923 publicó "Un cementerio Chíncha-Atacameño en Punta Grande, Taltal", *Boletín*, N° 18.

⁴⁹ Vid. Max Uhle, "Informe de los resultados de la expedición arqueológica realizada en los meses de junio y agosto de 1912 en la región de Calama", *Anales de la Universidad de Chile. Boletín del Consejo de Instrucción Pública*, 1912, vol. 131, segundo semestre; "Informe presentado sobre el viaje de exploración arqueológica hecha en la expedición a Calama", *Anales de la Universidad de Chile. Boletín del Consejo de Instrucción Pública*, 1913, marzo-abril, vol. 132; "Los indios atacameños", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, año 1913, tomo 9.

⁵⁰ Oyarzún publicó en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* sus artículos al respecto: "Las calabazas pírograbadas de Calama", 1930, tomo LXIX; "Las tabletas y los tubos para preparar y aspirar la paricá en

Atacama", 1931, tomo LXVIII; "Tejidos de Calama", 1931, tomo LXIX; "Alfarería de Calama", 1934, tomo 82.

⁵¹ Cf. "Tubo para aspirar rapé, con decoración Centroamericana", *Revista Chilena de Historia Natural*, año 1927, tomo 31; "Las influencias Chinchas en la antigua alfarería chilena", *Revista Chilena de Historia Natural*, año 1927, tomo 31; "Las influencias de la cultura de Tiahuanaco en la antigua alfarería", *Revista Chilena de Historia Natural*, año 1927, tomo 12 (3); "La alfarería de los antiguos atacameños", *Revista Universitaria*, Universidad Católica de Chile, 1927, tomo 12 (5); "La alfarería negra de la región atacameña", *Revista Universitaria*, 1927, tomo 12 (8).

⁵² Ricardo E. Latcham, *Prehistoria de Chile*, Oficina del Libro, Santiago, 1936, Introducción.

preferencia relativa a la prehistoria chilena, estaría en la Sección de Prehistoria del Museo Histórico Nacional. El Museo de Historia Natural cobijó, según la normativa citada, los materiales de “Antropología, Etnología y Arqueología Universales. Incluirá en sus colecciones antropológicas, etnológicas y arqueológicas al hombre de Chile”.

Para el Norte Grande, un hecho marcó, en cierta forma, una mayor atracción por el desierto de Atacama para los norteamericanos, como fue el comienzo de la explotación del mineral de Chuquicamata, en la década de 1910. Y esto tuvo relación con los pueblos de la precordillera, por cuanto la necesidad del aprovisionamiento de agua, la energía de las cocinas, con el uso de la yareta, el propio ambiente desértico y los esfuerzos de conectividad, sea por el ferrocarril —el que unía a Antofagasta con La Paz y el comenzado con dirección a Salta, concluido en 1948—, además de los caminos que lo conectaban con Calama y con Tocopilla, atrajo la mirada de muchos ingenieros que mostraron interés por la geografía y cultura del desierto. Uno de ellos fue Earl Hanson, quien llamó la atención sobre las localidades de Toconce, Aiquina y Caspana, las denominadas por F.C. Walcott “out-of-the-world” villages”, por la vida apacible, sin disturbios en su cotidianidad, con sus fiestas patronales e iglesias, que el párroco, residente en Chiu-Chiu, visitaba tres veces al año. Hanson anotó que cerca de las Vegas de Turi, “lie the ruins of an old city of copper workers, in which the Spaniards had evidently built a few adobe houses. What do these ruins mean to the present population? Absolutely nothing, as far as I could find out”⁵³.

Concluamos este sumario de las investigaciones arqueológico/antropológicas llevadas a cabo en el Norte Grande con la secuencia cronológica que tentó Latcham, siguiendo a

Uhle, y la existencia de una influencia, por lo menos hasta Taltal según las excavaciones de Capdeville, de la cultura Chincha, la cual dio origen a la cultura Chincha-Atacameña⁵⁴.

La periodización que inserta Latcham para la zona desde Taltal al norte fue la siguiente:

- I. Periodo del hombre primordial (hasta el fin de la era pasada).
- II. De los aborígenes de Arica (primeros siglos de la era de Cristo).
- III. Periodo contemporáneo con los monumentos de Chavín, cerca de 400 a 600 de nuestra era.
- IV. Periodo de Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal (de 600 a 90 de nuestra era).
- V. Periodo de una civilización atacameña indígena (de 900 a 1.100).
- VI. Periodo de una civilización chincha-atacameña (cerca de 1.100 a 1.350).
- VII. Periodo de los Incas (hasta el fin del periodo prehistórico)⁵⁵.

Tal cronología va a fundamentar la primera organización tempo/espacial del patrimonio hasta que sea revisada por la etapa de la influencia de la arqueología norteamericana, entre cuyos exponentes la presencia de Junius Bird va a ser crucial.

⁵⁴ Ricardo E. Latcham, *Prehistoria*, op. cit. p. 35.

La que corresponde a las provincias diaguítas y provincias centrales, periodizada en siete fases: I. Hasta fines de la era pasada; II Primeros siglos de la era cristiana; III 400 a 600; IV 500 a 900; V 900 a 1.100; VI 1.100 a 1.450 y VII 1.450 a 1.460, ha llamado la atención al arqueólogo Mario Orellana, al comparar esta secuencia cronológica tanto en *La alfarería indígena chilena* como en la *Prehistoria de Chile*, quien detecta en Latcham al “precursor de la denominación de la Cultura Aconcagua, incluyendo un contexto variado de artefactos junto a los tipos alfareros”. Cf. Mario Orellana, *Historia de la Arqueología en Chile*, op. cit. pp. 147-148.

⁵⁵ Ricardo E. Latcham, *Prehistoria*, op. cit., p. 36. Anotemos que esta periodización y la influencia atacameña hacia la zona de Arica, quedó cuestionada en el Congreso Nacional de Arqueología de Arica de 1961. Se cuenta que en esa ocasión el P. Gustavo Le Paige anotó en el Libro de Visita que el último atacameño había muerto en dicho encuentro.

⁵³ Earl Hanson, “Out-of-the-World Villages of Atacama”, *Geographical Review*, vol. 16, N° 3 (Jul. 1926), pp. 365-377. Cita en p. 376. Hanson no creyó que los atacameños fuesen algún tipo descendiente de los incas, dado que los utensilios hallados en cementerios no mostraban evidencias de esa cultura.

IV. Conclusión

En el estudio de la arqueología nortina por lo común no se han rastreado las distintas misiones científicas europeas que recorrieron el septentrión de Chile y que dieron a conocer, cuando no a fundamentar, la existencia de culturas prehispánicas en distintos museos europeos, con bastante antelación a una iniciativa similar, que recién se estableció en 1911.

Los registros arqueológicos y la riqueza hallada en cementerios y conchales de la presencia humana tanto en la costa como en el interior del continente dieron cuenta de un patrimonio que señaló la disonancia entre los avances llevados a cabo por la arqueología, principalmente en revistas extranjeras y su correlato museográfico europeo, y la actualización de las noticias y su valoración de los pueblos prehispánicos en los textos y manuales escolares en nuestro país, como legitimación de los mismos.

La situación anotada corrió paralelamente a la toma de conciencia de este acervo desde las regiones, donde la iniciativa privada como las noveles universidades regionales, principalmente la Universidad del Norte, auspiciaron museos que recogieron la prehistoria de nuestro Norte Grande e incentivaron las investigaciones arqueológicas.

Referencias bibliográficas

ALEGRÍA LICUIME, L. (2004) "Museos y Campo Cultural: Patrimonio indígena en el Museo de Etnología y Antropología de Chile", *Revista Conserva*, Centro Nacional de Conservación y Restauración, DIBAM, N° 8, pp. 57-70.

ALMAGRO, M. (1864) *Breve descripción de los viajes*, op. cit. p. 75.

ÁLVAREZ, L. (editor) *Museo Regional de Arica. Reediciones Boletines del 1 al 7. Octubre de 1959-febrero de 1961*. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica, 1995.

AMUNÁTEGUI, M. L. (1863) *La cuestión de límites entre Chile i Bolivia*, Imprenta Nacional, Santiago.

ARCE, I. (1930) *Narraciones históricas de Antofagasta*, Imprenta Moderna, Antofagasta, p. 13.

BARROS ARANA, D. (1999) *Historia General de Chile* (1ª Edición, Rafael Jover, Santiago, 1884, Tomo I), Editorial Universitaria-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, Tomo I, pp. 81-82.

BERMÚDEZ, O. (1961) "La vida de Ancker Nielsen en Iquique y su dedicación a la arqueología", *En Viaje*, Santiago, N° 328.

BITTMANN, B. "El Programa Cobija: Investigaciones Antropológico-Multidisciplinarias en la costa Centro Sur Andina: Notas etnohistóricas"

BOMAN, E. (1908) *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama. Mission Scientifique G. de Créquis-Montfort et E. Sénéchal de la Grange*, Imprimerie Nationale, Paris.

CLAPS GALLO, G. (1960) "Origen y papel de la Universidad Católica del Norte".

CHERVIN, M. (1902) "Cranes, pointes de flèches en silex et instruments de pêche provenant de la baie d'Antofagasta. Mummies des hautes plateaux de la Bolivie", *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, vol. 3, N° 3, pp. 700-708.

DE OSUNA, M. (1984) "Reflexiones en torno a Museos Provinciales y Locales", *Boletín de la ANABAD*, Madrid, vol. XXXIV, N° 2-4, p. 289.

FOCACCI ASTE, F. (1989) "La Dra. Grete Mostny y la arqueología regional en Arica", *Revista Chungará*, N° 22, pp. 13-14.

GONZÁLEZ PIZARRO, J. A. (2008) "La conquista de una frontera. Mentalidades y tecnologías en las vías de comunicación en el desierto de Atacama", *Revista de Geografía. Norte Grande*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Número 40, pp. 23-46.

————— (2009) "Imaginario contrapuestos: El desierto de Atacama percibido desde la región y mirado desde la nación", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares. Antropología. Etnografía. Folklore*, CSIC, Instituto de Lengua, Literatura y Antropología, Madrid, vol. LXIV, N° 2, pp. 91-116.

HABER, A. (2007) "This is Not an Answer to the Question "Who is indigenous", *Archaeologies Journal of The World Archaeological Congress*, vol. 3, Number 3, pp. 213-229.

- HANSON, E. (1926) "Out-of-the-World Villages of Atacama", *Geographical Review*, vol. 16, N° 3, pp. 365-377.
- JOIN-LAMBERT, O. (2006) "L'ouverture aux publics des musées (1959-1981): missions et status des conservateurs en question", *Le Mouvement Social*, N° 216, pp. 53-73.
- LÉON LEJEAL, M. (1904) "L'Exposition de la Mission Française de l'Amérique du Sud au Palais du Trocadéro", *Journal de la Société des Americanistes*, vol. I, Nos. 1-3, pp. 321-328.
- LATCHAM, R. E. (1910) *Los changos de las costas de Chile*. Trabajo presentado al Congreso Científico Internacional de Buenos Aires, julio de 1910. Imprenta Cervantes, Santiago.
- _____ (1924) *Los aborígenes de Chile* por José Toribio Medina. Su valor científico en la actualidad", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo XLVII, pp. 302-307.
- _____ (1928) *La alfarería indígena chilena*, Soc. Imp. y Lit. Universo, Santiago, p. 7.
- _____ (1936) *Prehistoria de Chile*, Oficina del Libro, Santiago, , Introducción.
- MANDIOLA, J. L. y P. CASTILLO A. (1894) *Guía de Antofagasta*. Imprenta El Industrial, Antofagasta, "Reseña histórica de Antofagasta", pp. 2-3.
- MAZUDA, S. (editor) (1984) *Contribuciones a los estudios de los Andes Centrales*, Tokio.
- MEDINA, J. T. (1900) "Los indios uros del Perú i Bolivia", *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo X.
- _____ (1901) "La Momia de Chuquicamata", *Revista Nueva*, Santiago, 1901, pp. 144 a 154.
- _____ (1952) *Los aborígenes de Chile*, Introducción de Carlos Keller R., Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile, p. 99.
- MONTELL, G. (1926) *An Archaeological Collection from the Rio Loa Valley, Atacama*. Oslo Etnografiske Museums Skriften, Bind 5, Hefte 1, Oslo, 1926.
- MOORE, Th. (1877) "Vocabulaire de la langue atacameña", *Compte-Rendue de la Seconde Session du Congrès International des Americanistes*, Luxembourg, 1877, vol. II, pp. 44-54.
- MUNIZAGA A., C. y S. MARTÍNEZ BAEZA, (1961) *La colección arqueológica Nielsen de Iquique*. Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Educación, Departamento de Ciencias Sociales. Centro de Estudios Antropológicos, Publicación N° 15.
- NÚÑEZ HENRÍQUEZ, P. (2008) "Augusto Henri Capdeville Rojas: Tópicos de Chile y su época", *Taltalia. Revista del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal*, Número 1, p. 15.
- NÚÑEZ, L. (1993) *Gustavo Le Paige. Cronología de una Misión*, Ediciones Universitarias, Universidad Católica del Norte, 1993, pp. 31-33.
- _____ (1996) "La Universidad Católica del Norte y su misión antropológica en el desierto chileno", en José Antonio González Pizarro, Coordinación y Dirección, *La Universidad Católica del Norte y el desarrollo regional nortino. 1956-1996*. Ediciones Universitarias, Universidad Católica del Norte, pp. 213-214.
- NÚÑEZ, L., H. GARCÉS y A. LLAGOSTERA (1981) *Guía del Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige*, Universidad del Norte-San Pedro de Atacama, 1981.
- ORELLANA, M. (1982) *Investigaciones y Teorías en la Arqueología de Chile*, Ediciones del Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile.
- _____ (1999) *Hombre, Cultura y Pasado*, Bravo y Allende Editores, Santiago, 1999.
- PORTER, C. "Bibliografía Chilena de Antropología y Etnología". Trabajo presentado al 4° Congreso Científico (1° Pan-Americano)", *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, tomo XX, pp. 147-148.
- ROLLE C., C. (1998) "¿Pueden los Museos tener un rol pedagógico a través de la investigación histórica?", *Mapocho*, Dibam, Número 43, Primer Semestre.
- VERGARA FLORES, L. (1902) "Cráneos de indígenas bolivianos", *Actes de la Société Scientifique du Chili*, año 1894, tome IV. Memories, pp. 231-250; "Estudio comparativo sobre tres cráneos de araucanos y aimaraes", *Revista Chilena de Historia Natural*, año VI, pp. 197-217.

VONTSCHUDI, J. J. (1860) "Viaje por las cordilleras de los Andes de Sudamérica, de Córdoba a Cobija, en el año 1858", *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*, Córdoba, tomo 45, entrega 1ª a 4ª.

UHLE, M. (1918) *Los aborígenes de Arica y el hombre americano*. Revista Chilena de Historia y Geografía, N° 27.